



## Dar (la) palabra

**Autor:** García Molina, José

**Título:** *Dar (la) palabra*

**Edita:** Gedisa. Barcelona, 2003

A muy pocos puede extrañar que, con más dolor que alegría, podamos seguir constatando que la Pedagogía Social y, en general, la Pedagogía vive desde hace tiempo «una dolorosa rutina», como alguna vez he tenido la oportunidad de afirmar. Las razones son de muy diversa índole: desde las secuelas que ha ido generando en las nuevas generaciones el modelo tecnológico en el que han ido siendo socializados hasta la supuesta naturaleza de estos territorios, más tendente a la transmisión de lo que otras ciencias y disciplinas van obteniendo en la investigación (especialmente la psicología y la sociología) que a la construcción de nuevas arquitecturas conceptuales que permitan enriquecer los discursos pedagógicos. En el interregno encontramos toda una serie de dispositivos, prácticas y luchas por satisfacer deseos y poderes en la institución universitaria, cada vez más convertida en una máquina burocrática que se mueve entre la inercia y los hábitos de un pasado aún cercano y un presente ferozmente atravesado por una competitividad sin freno y la falta de horizontes claros.

Según lo dicho, poco sorprende que la Pedagogía siga *avanzando* por senderos trillados, argumentos repetidos, conceptos cerrados, y términos retóricos... que potencian una percepción más negativa que innovadora de quienes se dedican a teorizar desde ella. De ahí que cuando en

nuestra comunidad de conocimiento se pueden leer palabras novedosas, rigurosas y convincentes, conceptos complejos pero evocadores, ideas difíciles pero congruentes que abren el pensamiento a reflexiones ricas y a percepciones sugerentes sobre lo que es (o puede ser) la Pedagogía Social y la Educación Social, tenemos que felicitarlos. Y si este autor muestra tanta pasión como coherencia en lo que relata aún más satisfecha debe estar la comunidad de Pedagogía Social, porque tras lo ya escrito se ha de esperar mucho y bueno de la juventud de García Molina.

El libro que ahora reseño sale de las páginas de su Tesis Doctoral, la misma que llegué a leer entre dudas y exaltaciones, entre sorpresas e incertidumbres, comisionado como estaba para evaluarla. Fundamental era que finalizara en un texto reelaborado para su publicación, para deleite de quien desee profundizar en los temas que narra y, sobre todo, para quien sea amigo del debate. De este último aspecto andamos muy necesitados, si pensamos en una tradición de silencios o retóricas aduladoras que rodea a toda obra pedagógica interesante que ve la luz y que provoca una autocensura tan fuerte como el propio temor a ser cuestionados.

La actitud del constructor de *Dar (la) palabra* es clara en este punto: *hablador* por excelencia, García Molina ha sabido resistirse al silencio y se ha dado a sí mismo la palabra para exponernos su punto de vista sobre lo que ha trabajado y observado como educador social, y lo leído y apreciado como investigador.

Conociéndolo, ni siquiera el silencio de las sirenas (mucho más peligroso, como bien sabía Kafka, que su propio canto) habría sido suficiente para acallar su ardor por la producción de significados educativos. El acontecimiento de una palabra en vez del silencio de *la nada*, éste es su objetivo cuando se adentra en el espinoso terreno de la Pedagogía Social y su razón de ser última: dar a hablar, dar que hablar y permitir que hable ese acontecimiento que hemos denominado Educación Social. Ese romper dando es una toma de decisión personal que se dirige *a* y *por* la búsqueda de nuevos lenguajes y razones que hoy empezamos a entender más que ayer y sobre las que habrá que seguir pensando.

Voluntad de poder, voluntad de valor y fidelidad a un pasado cultural que le devuelve muchos de sus registros fundamentales. Pero también voluntad grávida de futuro en el que Nietzsche, Foucault, Deleuze, Derrida, el psicoanálisis y otros postestructuralistas, han sido, junto a su experiencia apasionada y reflexiva como educador social y como profesor universitario, los que han encontrado su condición de posibilidad en una obra que se merece más que simple atención. *Dar (la) palabra*, digámoslo como objeto de reflexión personal, no sólo es condición de posibilidad que muestra la contemporaneidad de los referentes teóricos que utiliza García Molina, sino también la fuerza de su autor, su voluntad.

No les voy a explicar el libro, ¡léanlo! Y si lo leen, adéntrense en su modo de encarar la ética tan inseparable de una estética de la que su autor no dice nada y, sin embargo, tan presente se manifiesta. Ante este espacio estético-ético de la educación, empapado del primado de lo que podríamos considerar «un pensamiento de posibilidades» y capaz, por tanto, de imaginárselo todo *de otro modo*, el autor nos confirma que en su pensamiento y su vivir no rigen las excepciones sobre la regla sino la regla con excepciones, muchas de las cuales no fueron explicadas ni son asuntos claros de los que puedan dar cuenta, sin más, las ciencias sociales y humanas. ¡Digámoslo de otro modo! Se trata de cuestión de estilo, y es el estilo el que muestra la (re)«elaboración exacta», suele decir Jacobo Muñoz, de un pensamiento que se quiere tan ambicioso como idiosincrásico. Esto es lo que quizás nos falta: más estilo y más ambición creadora en tiempos donde los pensamientos han abandonado, en buena medida, las posibilidades para retraerse en esquemitas, imágenes coloreadas, argumentos embalados perfectamente para su consumo acrítico... Un estilo, en suma, lejos de todo espejismo de universalidad, neutralidad, estabilidad y conformismo teórico y que pretende acercar a la Pedagogía Social a una filosofía de la acción contingente que nos permite entender y cuestionar los fundamentos y las fundaciones de la acción educativa.

Espero no equivocarme cuando afirmo que profesores jóvenes con este calado pueden cambiar el rumbo de la rutina imperante, de la desmotivación, la arbitrariedad y las componendas del quehacer profesional. Plumas como las de García Molina pueden ser acicates ante la progresiva desprofesionalización que vislumbramos en la institución universitaria.

Juan Sáez Carreras  
(Universidad de Murcia)